



La transición que nunca empezó

La transición a la democracia como pacto político, es decir, el pasaje de este régimen autoritario a uno democrático por la vía del acuerdo, al que muchos apostamos como la forma más civilizada de terminar con la dictadura fujimorista, ha cesado de ser una opción en la actual coyuntura política. La transición suponía, como lo dijimos hace más de un año, el cambio de las reglas de juego electorales que el régimen le ha impuesto al país. Hoy, a dos meses de la inscripción de los candidatos presidenciales, este cambio es una quimera, en particular en relación a la regla fundamental y viga maestra de toda la estrategia autoritaria: la reelección presidencial.

Continúan las mismas reglas y la misma conducta tramposa de todos estos años, que se agrava a partir de la ley de "interpretación auténtica" de agosto de 1996, lo que vicia sin ninguna duda el proceso electoral en curso. La razón fundamental, para no abundar en detalles, es que está prohibida la competencia política. Todo aquel que quiera competir es liquidado, antes incluso de que manifieste sus intenciones. La dinámica impuesta es así una dinámica de confrontación, propia de las dictaduras y de raigambre militar, no una dinámica de competencia y eventual cooperación propia de las democracias y de origen político.

Los actuales candidatos, llámense de oposición o alternativos a Fujimori, son candidatos débiles precisamente porque aceptan participar en un proceso en el que no pueden competir. Es decir, no tienen, más allá de sus buenisimas intenciones, posibilidad de ser alternativa real sino tan sólo comparsa del candidato previamente ungido.

En estas condiciones es increíble el candor con que actúan algunos de estos candidatos, en especial los que ven subir algunos puntos su popularidad en las encuestas, acariciando la idea de derrotar a Fujimori y sentarse en el sillón presidencial. En el argot popular, estos

son los señores que se han creído el cuento de que el fujimorismo va a poner en juego el inmenso poder acumulado sin que exista un rival de polendas que signifique algún desafío.

Este es precisamente el tema en cuestión. No se trata de derrotar a Fujimori en elecciones relativamente limpias, porque estas no existen. Se trata de derrotar el proyecto político reeleccionista, la voluntad de Fujimori y sus amigos de permanecer a como dé lugar. Este proyecto de permanencia sólo se puede derrotar con la más amplia unidad de la oposición. Es decir, con un solo candidato fuerte que enfrente al fujimorismo en su propia lógica y le gane en ese enfrentamiento. Esto supone la unidad de todos los candidatos importantes en una sola candidatura presidencial, que asuma un programa mínimo de gobierno común y esté dispuesto a combatir en diversos posibles escenarios.

El escenario ideal sería que esta candidatura unitaria lograra la no postulación o el retiro de la candidatura de Fujimori. Esto sería lo mejor para el país y hasta para los propios fujimoristas, porque le permitiría a la oposición iniciar una transición desde el poder ahorrándole al Perú los traumas propios de una mayor polarización. El escenario alternativo es la descalificación del proceso electoral fujimorista, si Fujimori persiste en postular, para lo cual el candidato escogido necesitará especial coraje porque supone retirarse e invitar con ello al retiro de todas las organizaciones de control electoral. El último escenario y el menos probable es la participación en un proceso que incluya a Fujimori, el cual sólo se justifica, a nivel de la candidatura presidencial, si es que el actual gobernante sufriera un súbito debilitamiento y su candidatura no contara con los apoyos absolutos con los que hoy goza.

En lo inmediato, terminemos con las vanas ilusiones de ganarle a Fujimori tal como está, porque con ello lo único que hacemos es perpetuarlo en el poder.